

Bismillahirrahmanirrahim

Parte I

Preliminares

¡Que la paz y las mercedes de Dios, y Sus bendiciones, sean con el lector!

Las siguientes páginas contienen una relación de las creencias y enseñanzas del Movimiento Ahmadía del Islam, y un esclarecimiento de las afirmaciones de su Sagrado Fundador y de los argumentos en los que se basan. Mi propósito al escribir estas páginas, querido lector, es entregaros el mensaje que Dios ha transmitido hoy a la humanidad para atraerla de nuevo hacia el Islam y su Santo Profeta (la paz y bendiciones de Dios sean con él).

Los nombres áhmadi, Ahmadíat

Un punto que desearía aclarar ya desde un principio es que los nombres áhmadi, Ahmadíat, etc. no indican a una religión nueva. Los áhmadis son musulmanes y su religión es el Islam, y consideran errónea y degradante la más mínima desviación de la misma. Es cierto que los áhmadis han adoptado los nombres de Ahmadiat, Movimiento Ahmadía, Comunidad Ahmadía, etc... No obstante, la adopción de un nombre no significa la adopción de una nueva religión. El nombre Ahmadíat es el nombre de una nueva interpretación o ratificación de la religión del Sagrado Corán, presentada por el Fundador del Movimiento Ahmadía bajo la guía divina. Los nombres áhmadi, Ahmadíat, etc., se emplean solamente para diferenciar a los áhmadis musulmanes del resto de los musulmanes, y a las interpretaciones áhmadis de otras interpretaciones islámicas.

El nombre Islam

El nombre de Islam es el nombre que el mismo Dios otorgó a los seguidores del Santo Profeta y que mucho antes había encontrado un lugar de honor en las profecías de los profetas anteriores. El Santo Corán dice:

“Él (Dios) os denominó musulmanes tanto antes de este libro como en él [el Corán].”¹

Y la Biblia:

“Y te será puesto un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará.”²

Ningún nombre puede recibir mayores bendiciones que el nombre que el mismo Dios ha escogido para Sus siervos y al que confiere importancia al hacer que otros profetas profetizen sobre él. ¿Quién va a renunciar a este nombre, que es máspreciado que nuestras vidas, cuya religión es la única fuente de vida espiritual para nosotros? Sin embargo, como en la actualidad distintos grupos de musulmanes han adoptado distintos nombres debido a sus creencias y criterios particulares, ha sido necesario que adoptáramos un nombre que nos distinguiera del resto. El mejor nombre que hemos podido adoptar ha sido el de *áhmadi* o

Ahmadiat. Este nombre posee un sentido para nuestra época, pues a nosotros nos pertenece la hora señalada para la propagación del Mensaje Universal del Santo Profeta (la paz sea con él) en todo el mundo. Es el momento para la difusión de las alabanzas a Dios y para la propagación del conocimiento de Su munificencia y belleza, así como para la manifestación del atributo del Ahmadíat, tras haberse manifestado ya el atributo de Muhammad. No podíamos haber adoptado un nombre mejor. Somos musulmanes en cuerpo y alma: creemos en lo que un verdadero musulmán debe creer y rechazamos las creencias que un verdadero musulmán debe rechazar. Quienquiera que nos atribuya incredulidad o *Kufr* y nos describa como innovadores o creyentes de una nueva religión, a pesar de nuestra sincera adhesión a las verdades del Islam y nuestra avenencia a los mandamientos de Dios, pecará de incorrección y crueldad, y tendrá que responder por ello ante Dios, pues el hombre puede ser condenado por lo que declara verbalmente, no por lo que alberga en su corazón. ¿Quién puede desvelar lo que albergan los corazones? Quienquiera que acuse a otro de creer en algo distinto de lo que afirma estará elevándose al rango divino, pues solamente Dios conoce lo que hay en los corazones humanos, y solamente Él puede decir lo que el hombre piensa y cree. El Santo Profeta (la paz sea con él) reconoció esta limitación humana a pesar de que nadie conocía mejor el corazón humano. Dijo:

*“Entre vosotros hay quienes presentan sus disputas ante mí. Yo soy humano como vosotros. Es posible que alguno de vosotros defienda su causa mejor que otros. Por lo tanto, si doy a alguien lo que le corresponde a otro, le estaré ofreciendo una parte del fuego, y tendrá derecho a rechazarlo.”*³

Leemos en las tradiciones que el Santo Profeta^{sa1} asignó a Usama bin Zaid el puesto de comandante de una división. Usama se enfrentó a un incrédulo, atacándolo. Cuando estaba a punto de ser asesinado, el incrédulo recitó el Kálíma, confirmando su fe en la verdad del Islam. A pesar de todo, Usama le mató. Al enterarse el Santo Profeta, recriminó a Usama. Usama dijo en defensa propia: *“Oh Profeta de Dios, lo hizo por temor. El Santo Profeta contestó: “¿Abriste su corazón para comprobarlo?”*

Los mortales ordinarios no están dotados del conocimiento contenido en los corazones humanos. No era incumbencia de Usama adivinar si la afirmación de ese hombre sobre el Islam se produjo por temor o convicción. Por lo tanto, se nos puede condenar por lo que declaramos, no por lo que supuestamente albergan nuestros corazones, pues solamente Dios conoce lo que existe en ellos. Quien condena a otra persona por lo que profesa en su interior estará sobrepasando los límites y será responsable ante Dios por sus excesos.

Por lo tanto, si los miembros de la Comunidad Ahmadía afirmamos ser musulmanes, nadie tiene derecho a afirmar que nuestro Islam es una pretensión, que rechazamos en el fondo al Islam o al Santo Profeta^{sa}, que seguimos un nuevo Kálíma o que adoptamos un nuevo Qibla en nuestras oraciones. Si tuvieran razón al atribuirnos tales cosas, nosotros también estaríamos justificados al atribuir cosas semejantes a los demás. Podríamos afirmar que su declaración islámica no es más que una falacia y que (Dios nos perdone) rechazan al Islam y al Santo Profeta cuando vuelven a sus hogares. Mas no podemos dejarnos engañar por la oposición. No vamos a afirmar que alguien cree en algo distinto de lo que afirma, ni que sus labios expresan lo contrario de lo que su corazón alberga. En defensa de la Sharia, nuestro criterio se basará en lo que afirmen y reconozcan abiertamente.

¹ sa: abreviación de la paz y bendiciones de Dios sean con él.

Creencias de los áhmadis

Procedo ahora a enumerar las creencias de nuestra Comunidad para que pueda comprobarse si alguna de ellas es contraria al Islam:

1. Creemos que Dios existe. Admitir la creencia en Su existencia es afirmar la verdad más importante, no es seguir una ilusión o superstición.
2. Creemos que Dios es único y no tiene copartícipe ni aquí ni en el Cielo. Todo lo demás es creación Suya, que depende de Su ayuda y Sustento. No tiene hijo ni hija, padre ni madre, ni esposa o hermanos. Él es único en Su unidad y en Su individualidad.
3. Creemos que Dios es Santo, libre de todo defecto y colmado de perfección. No hay imperfección alguna en Él, ni hay perfección alguna que no se encuentre en Él. Su poder y conocimiento son ilimitados. Él lo abarca todo y no hay nada que lo abarque a Él. Es el Primero y el Último, lo Manifiesto y lo Oculto y el Creador y Dueño de toda la creación. Su control no ha fallado nunca en el pasado, ni está fallando en el presente, ni fallará en el futuro. Libre de la muerte, Él es el Viviente, el Imperecedero, que no sufre defecto ni deterioro. Actúa por propia voluntad, sin coacción ni obligación. Reina en el mundo hoy como lo hizo en el pasado, siendo Sus atributos eternos y Su poder, siempre manifiesto.
4. Creemos que los ángeles forman parte de la creación divina. Siguen la ley establecida en el Corán: *“Hacen lo que se les ordena”*. Han sido creados por Su Sabiduría para el desempeño de determinadas funciones. Su existencia es real y las referencias que el Libro Sagrado hace sobre ellos no son metafóricas. Él no depende de ellos para la manifestación de Su poder, sino que ellos dependen de Dios del mismo modo que lo hace el hombre o las demás criaturas. Si lo hubiera deseado, hubiera creado un universo sin ángeles, mas Su sabiduría perfecta deseó que existieran, por lo que fueron creados los ángeles. Dios creó la luz para el ojo y el pan para el hambre, no los creó porque los necesitara, sino porque el hombre tenía necesidad de ellos. Los ángeles solamente manifiestan la Voluntad y la Sabiduría divinas.
5. Creemos que Dios habla a sus siervos elegidos y les revela Su propósito. La revelación divina se manifiesta a través de la palabra. Ni las palabras ni el significado de la revelación provienen del recipiente, sino que emanan de Él. La revelación proporciona el verdadero sustento para el hombre: el hombre vive por ella y a través de ella consigue estar en contacto con la divinidad. Las palabras que encarnan la revelación divina son únicas en su poder y majestad. Ningún ser humano es capaz de expresar palabras semejantes, pues contienen tesoros de conocimiento y sabiduría. Se asemejan a una mina, cuyas piedras adquieren más valor a medida que se excava a mayor profundidad. En realidad, la mina no es nada comparada a una revelación, ya que, contrariamente a la sabiduría de la revelación, puede agotarse. La revelación puede equipararse a un mar de superficie perfumada, cuyo fondo está cubierto con las perlas más preciosas. Los que acuden a la superficie disfrutan de la fragancia de la superficie, y los que se sumergen al fondo descubren las perlas. La revelación es de muchos tipos: a veces comprende normas y leyes, otras veces exhortaciones; a veces desvela el conocimiento de lo invisible, otras veces, verdades espirituales; a veces transmite el beneplácito y aprobación de Dios y otras veces, Su desaprobación y desagrado; a ve-

ces, Su amor y estima, y otras veces, advertencias y represalias, a veces enseña cuestiones de moralidad, y otras veces, Su percepción de los males ocultos. En resumen, nuestra creencia es que Dios transmite Su voluntad a Sus siervos. Tales comunicaciones varían de acuerdo con las circunstancias y el estado espiritual del receptor. De entre todas las comunicaciones divinas, la más perfecta, completa y exhaustiva es la del Sagrado Corán. La ley establecida en el Sagrado Corán y la guía espiritual que contienen han de perdurar eternamente. No pueden ser reemplazadas por ninguna revelación ni comunicación futura de Dios.

6. También creemos que cuando la oscuridad prevalece en el mundo y los seres humanos se hunden en el pecado y la iniquidad, cuando les resulta difícil liberarse del acecho de Satanás sin la ayuda de Dios, Él, a través de Su merced y beneficencia, escoge entre Sus siervos amados y leales a aquellos a quienes asigna la tarea de guiar al mundo. Dios dice: *“Y no existe ningún pueblo al que no se haya enviado un amonestador”*⁴. Esto significa que Dios ha enviado Mensajeros Suyos a todos los pueblos del mundo. Sus vidas purificadas y su ejemplo perfecto han servido siempre de guía para los demás seres humanos y a través de ellos, Dios transmite Su voluntad y propósito. Los que se apartan de ellos encuentran la degradación, y los que acuden a ellos obtienen el amor divino. Las puertas de Sus bendiciones se abren ante ellos y son acreedores de Su gracia y merced. Entonces se convierten en preceptores espirituales para las generaciones venideras y obtienen grandeza en este mundo y en el otro.
7. También creemos que los mensajeros divinos, que en el pasado libraron a la humanidad del mal y la oscuridad, alcanzaron distintos grados de grandeza espiritual y cumplieron de distintas formas el propósito divino que determinó su advenimiento. El más grande de ellos fue el Santo Profeta^{sa}, a quien Dios describió como *“el líder de los hombres, un mensajero para toda la humanidad”* y a quien Dios desveló el conocimiento del bien y el mal y le bendijo con Su ayuda. Los gobernantes más poderosos se estremecían por temor a él. Toda la tierra era tan sagrada como una mezquita para él. Llegó una época en la que se pudo ver a sus seguidores en todas partes del mundo, y en todas partes hubo creyentes que se inclinaban y prostraban ante el Único Dios, el Dios sin igual. Comenzó a imperar la justicia en lugar de la injusticia y la bondad en lugar de la crueldad. Si los profetas anteriores hubieran existido en la época de nuestro Santo Profeta^{sa} hubieran tenido que obedecerle y seguirle, como dice el Corán:

*“Y acordaos de cuando Al-lah estableció una alianza con el pueblo a través de los Profetas, diciendo: “Cuando os dé el Libro y la Sabiduría y os llegue después un Mensajero, cumpliendo lo que ya tenéis, creed en él y ayudadle”*⁵

El mismo Santo Profeta (sa) dijo: *“Si Moisés y Jesús estuvieran hoy vivos, habrían tenido que creer en mí y ser mis seguidores”*⁶

8. También creemos que Dios escucha las plegarias de los que le suplican y de Sus siervos, y que les ayuda en las dificultades. Él es un Dios Viviente y su carácter vivo se manifiesta en todas las cosas y en todo momento. La guía que proviene de Dios no se asemeja al andamio que se erige al cavar un pozo, que se destruye después de haber sido construido, por constituir un obstáculo en lugar de un soporte. La guía que proviene del Dios Viviente se asemeja a la luz, sin la cual sería-

mos incapaces de contemplar nada, y al espíritu, sin el cual todo fenecería. No es cierto que Dios creara al mundo y después decidiera sentarse, pues Él continúa manifestando su bondad y benevolencia a Sus siervos y criaturas. Cuando éstos se sienten humildes y débiles, se dirige a ellos para ayudarles, y si Le olvidan, les recuerda Su presencia, Su preocupación y diligencia hacia ellos, y, a través de Sus mensajeros especiales, les tranquiliza diciendo:

“Estoy cerca. Respondo a la plegaria del que suplica cuando me invoca. Por tanto, deben escucharme y creer en Mí, para que puedan seguir el camino recto.”⁷

Es decir, Dios escucha las plegarias de los hombres, por lo que éstos deben creer en Él e implorarlo. Así obtendrán la guía de Dios.

9. También creemos que a veces Dios dispone y planifica el curso de los acontecimientos de forma especial. Los sucesos de este mundo no están determinados exclusivamente por las leyes conocidas como leyes de la naturaleza, sino que, aparte de ellas, hay leyes especiales a través de las cuales Dios manifiesta Su poder, interés y propósito. Son estas leyes especiales las que constituyen prueba de la voluntad, poder y amor de Dios, que muchos, por ignorancia, niegan. Estas personas no creen en nada más que en las leyes de la naturaleza. Las leyes de la naturaleza no son leyes divinas. Las leyes divinas son leyes a través de las cuales Dios ayuda a Sus elegidos, a quienes ama, y a través de las cuales destruye y humilla a los enemigos de Sus amigos. Si no existieran tales leyes, ¿cómo es posible que el débil y solitario Moisés hubiera triunfado sobre el cruel y poderoso Faraón? ¿Cómo es posible explicar el triunfo de Moisés y el fracaso del Faraón siendo Moisés débil y el Faraón, poderoso? Si no existieran otras leyes aparte de las leyes de la naturaleza, cómo es posible que el Santo Profeta Mohammad^{sa} hubiera triunfado sobre Arabia, que había dispuesto terminar con su persona y su misión? Fue Dios el que ayudó al Santo Profeta en cada enfrentamiento y le hizo triunfar sobre sus enemigos. Todos los ataques emprendidos por el enemigo desembocaron en el fracaso y, finalmente, con diez mil santos, entró de nuevo en el valle del cual, diez años atrás, tuvo que huir por salvar su vida, en compañía de solamente un amigo abnegado. ¿Pueden las leyes de la naturaleza ser la causa de tales sucesos o permitir que ocurran tales eventos? Las leyes de la naturaleza solamente garantizan el éxito de los fuertes contra los débiles y, a la inversa, el fracaso de los débiles contra los fuertes.
10. También creemos que la muerte no es el final de la existencia para los seres humanos. El hombre sobrevive a la muerte y ha de responder por sus actos en el Más Allá. Los que practican obras buenas merecerán una abundante recompensa y los que rechazan Sus enseñanzas y mandamientos obtendrán el castigo merecido. Nadie puede evitar este ajuste de cuentas. Los seres humanos han de sobrevivir y afrontarlo. El hombre puede ser reducido a cenizas y sus cenizas ser dispersadas en el aire; puede ser consumido por aves, animales o gusanos, o convertirse en polvo, y el polvo transformarse en algo distinto: no obstante vivirá después de la muerte y se reunirá con Su Creador para dar cuenta de sus actos. El Poder de Dios garantiza la supervivencia humana. No es necesario que el cuerpo humano permanezca intacto para que su alma sobreviva, pues Dios tiene el poder de insuflar vida al hombre a partir de la partícula más insignificante, incluso de un átomo de su alma o espíritu. Y esto es lo que ocurrirá. Aunque el cuerpo sea reducido a cenizas, las ce-

nizas no desaparecerán, ni tampoco se reducirá a la nada el espíritu preservado dentro del cuerpo. No ocurrirá nada de eso salvo con la Voluntad de Dios.

11. Creemos que los incrédulos y los enemigos de Su guía revelada permanecerán en un lugar llamado infierno, salvo que sean perdonados por Su merced infinita. El castigo impuesto en este lugar será un calor y un frío extremos. Sin embargo, el propósito no será infligir dolor a sus moradores, sino su reforma. En el infierno, los incrédulos y enemigos de Dios pasarán sus días en medio de sollozos y suspiros, lamentándose de los días que se dedicaron al mal. Permanecerán en ese estado hasta que la merced divina, que lo abarca todo, envolverá a los malhechores y sus maldades. Entonces se cumplirá la Promesa de Dios que anunció el Santo Profeta:

“Llegará un momento en que no quedará nadie en el infierno; soplarán vientos, y las ventanas y puertas del infierno golpetearán por el soplo del viento.”⁸

12. Creemos que las personas que creen en Dios, en Sus profetas, Sus ángeles y Sus Libros, que aceptan sinceramente la guía que proviene de Dios, que caminan con humildad y se humillan ante Su presencia, que viven en la pobreza aunque disfruten de riqueza, que sirven a la humanidad y sacrifican su comodidad por el prójimo y renuncian a todo tipo de excesos, como el odio, la crueldad y la transgresión, y son modelos de virtudes, irán a un lugar llamado Paraíso, donde reinará la paz y el gozo, y donde no existirá el dolor. Cada persona habrá merecido el agrado y la aprobación divina y todos disfrutarán de la presencia de Dios y serán arropados por Su gracia universal. Será tal el grado de proximidad y la certidumbre que tendrán todos sobre Su existencia y presencia, que cada uno se asemejará a un espejo reflector de Dios y de Sus atributos perfectos. Desaparecerán todas las bajas pasiones del hombre y sus deseos serán los deseos de Dios. Alcanzarán la vida eterna y cada uno será una imagen de su Creador.

Estas son nuestras creencias. No sabemos si existen otras creencias que haya que aceptar antes de subscribirse al Islam. Los eruditos islámicos no apuntan a ninguna otra creencia. Nosotros ratificamos todas las creencias del Islam y confirmamos que esas son nuestras creencias.

Diferencias respecto a otros musulmanes

Nuestro estimado lector se preguntará por qué se nos considera tan diferentes cuando aceptamos y seguimos sin reservas todas las creencias conocidas del Islam. ¿Por qué motivo los eruditos religiosos, los Ulemas, se oponen a nosotros con tanta violencia? ¿Por qué emiten esos *fatwas* de *kufr* (declaraciones de incredulidad) en contra nuestra? En respuesta, solamente puedo citar las objeciones que los Ulema han levantado contra nosotros a causa de las cuales se nos acusa de habernos apartado de las filas del Islam. ¡Que Dios les proteja de los designios malvados y les abra las puertas de Su gracia!

Jesús murió de muerte natural

La primera objeción, y la más crucial, que nuestros enemigos han levantado contra nosotros es que creemos que Jesús de Nazaret murió de muerte natural. Piensan que la creencia en la muerte natural de Jesús es un insulto a Jesús, una ofensa al Sagrado Corán y una discrepancia con las enseñanzas del Santo Profeta. Es cierto que creemos que Jesús murió de muerte natural, pero no es verdad que la creencia en su

muerte signifique insultarle, ultrajar al Santo Corán o estar en desacuerdo con las enseñanzas del Santo Profeta. Cuanto más reflexionamos sobre el tema, mayor es nuestro convencimiento de que las acusaciones que se nos imputan no se derivan de nuestra creencia en la muerte de Jesús, sino más bien de la creencia en que Jesús no murió, sino que está vivo en el Cielo. Como musulmanes, nuestra primera preocupación es respaldar la grandeza de Dios y el honor de Su Profeta. Es cierto que creemos en todos los profetas de Dios, pero nuestro amor y consideración por el Santo Profeta es de un grado supremo, pues se sacrificó por nuestra causa, llevó nuestras cargas, afrontó la muerte física para salvarnos de la muerte espiritual y sufrió inmensamente por nosotros, renunciando al más mínimo bienestar por nuestro bien y sufriendo humillaciones en defensa de nuestro honor. Imploró por nuestro bien y prosperidad eterna, hasta tal punto, que sus pies se hinchaban por permanecer largo tiempo de pie en la oración. Siendo inmaculado, pidió para librarnos de nuestros pecados y salvarnos del fuego del infierno, hasta el punto de empapar su alfombra de lágrimas. Lloró hasta que su pecho jadeaba como una olla hirviendo. Atrajo la merced divina, también para nosotros, arropándonos en el manto de Su gracia y compasión e hizo lo posible por ayudarnos a buscar el modo de complacer a Dios y los medios para que pudiéramos lograr la comunión con Él. Ningún profeta hizo por su pueblo lo que él hizo para facilitarnos el viaje hacia Dios.

Lo cierto es que los fatwas de incredulidad nos complacen, pues preferimos tales fatwas antes que situar a Jesús al nivel de Dios, nuestro Creador, Sustentador, Sostenedor, Protector, Quien nos da el pan de cada día y el conocimiento y la guía de los cuales dependemos para nuestro bienestar espiritual. Preferimos los fatwas de incredulidad antes que ser obligados a creer que Jesús está vivo en el Cielo sin alimento o bebida, al igual que Dios, Quien vive eternamente sin alimento ni bebida. ¿Por qué honramos a Jesús? Por ser un profeta de Dios y por amar a Dios y ser amado por Él. Lo respetamos en aras de nuestro respeto a Dios. ¿Cabe imaginar que le demos preferencia ante Dios deshonrando a Dios por su causa? ¿Es posible que nos dediquemos a complacer a los Ulemas fortaleciendo las manos de los misioneros cristianos, cuya tarea cotidiana consiste en buscar defectos en el Islam y el Corán? ¿Debemos permitirles que crean que Jesús era Dios? De otro modo, ¿cómo es posible que estuviera vivo en el Cielo? Y si fue un hombre ¿por qué no murió como el resto de los hombres? ¿Cómo podemos afirmar con nuestras propias bocas algo que atenta a la Unidad y Unicidad de Dios? ¿Cómo podemos perjudicar los intereses de la fe auténtica?

Los Ulemas tienen la libertad de hacer lo que les convenga; pueden instigar a la gente en contra nuestra, poner fin a nuestras vidas o apedrearnos, pero nunca reemplazaremos a Dios por Jesús. Preferimos morir antes que afirmar que Jesús está vivo en el cielo como igual a Dios (el mismo Jesús que los cristianos consideran hijo de Dios y por quien se han apartado de la unidad e independencia divina). Si hubiéramos permanecido en la ignorancia, hubiera sido diferente. Sin embargo, al abrirnos los ojos el Mensajero divino, que nos ha mostrado las implicaciones de la unidad, majestad, poder, grandeza y bondad divinas, no podemos hacerlo. Sean cual fueren las consecuencias, no reemplazaremos a Dios por un ser humano. De hacerlo no sabemos cuál sería nuestro paradero. El honor pertenece a Dios y proviene de Él. No podemos considerar verdadera a la creencia de que Jesús está vivo, sabiendo con seguridad que es un insulto a Dios. Si otros profetas de rango superior a Jesús han muerto sin que su muerte haya supuesto ninguna humillación para ellos, la muerte de Jesús tampoco ha de ser humillante para su persona. Sin embargo, si, por suponer lo imposible, se nos presentaran dos alternativas, Dios o Jesús, y no nos quedara más remedio que escoger, escogeríamos sin duda a Dios. Y estamos seguros de que el mismo Jesús, que amó a Dios con su cuerpo, alma y espíritu, nunca hubo llegado a una situación que implicara la honra a su persona y la deshonra a Dios y Su Unidad. El Santo Corán nos enseña lo mismo:

“En verdad, el Mesías no desdenará nunca ser siervo de Al-lah, como tampoco los ángeles que están cerca de Dios”⁹

La muerte de Jesús según el Sagrado Corán y el Hadiz

Creemos en la palabra de Dios. Tenemos en el Corán:

“Y fui testigo ante ellos mientras permanecí entre ellos, pero desde que me hiciste morir, Tú has sido Su Vigilante; y Tú eres Testigo ante todas las cosas.”

Dios declara, en nombre de Jesús, que los cristianos se corrompieron tras su muerte. Mientras vivió, tanto ellos como sus creencias permanecieron incorruptos. Tras esta lectura del Corán, ¿cómo es posible pensar que Jesús no está muerto, sino vivo en el Cielo?¹⁰

También leemos en el Sagrado Corán:

“¡Oh Jesús! Te haré morir de muerte natural y te ensalzaré hasta Mí mismo, librándote de las acusaciones de los incrédulos, y colocaré a los que te siguen por encima de los incrédulos, hasta el Día de la Resurrección.”¹¹

Jesús fue exaltado (o levantado) por Dios después de su muerte. Las palabras “te exaltaré” o “te levantaré” aparecen después de las palabras “te haré morir”. Si observamos las normas ordinarias del lenguaje, lo que se menciona primero, debe ocurrir antes. Es posible que los Ulemas conozcan estas normas mejor que Dios. Tal vez piensen que aunque “elevarse a Dios” ocurra después en el versículo, debiera haber ocurrido antes. Sin embargo, Dios es más sabio de lo que imaginamos. Él sabe mejor cómo se deben expresar las ideas. En Su discurso no puede haber ningún error ni desviación del orden correcto de las palabras. Al ser Él nuestro Creador y nosotros Sus criaturas, no nos atrevemos a hallar errores en Su discurso. ¿Cómo podemos hallar defectos en Su discurso siendo Él omnisciente y nosotros, ignorantes? Sin embargo, al parecer los Ulemas piensan que es el discurso de Dios el que contiene errores, no su propia interpretación. Nosotros jamás afirmaríamos tal cosa, pues tales pensamientos sólo acarrearían nuestra perdición. Mientras tengamos ojos, no caeremos en el foso, ni tampoco beberemos de la taza que sabemos que contiene veneno. Después de Dios, solamente amamos al Santo Profeta Mohammad^{sa}, que fue el más grande de todos los profetas y el más grande de todos los benefactores. Ningún otro ser humano, fuera o no profeta, hizo por nosotros ni una mínima parte de lo que el Santo Profeta^{sa} hizo. Él merece nuestra más alta estima, por lo que es imposible que creamos que Jesús, el Mesías, esté vivo en el Cielo mientras que Mohammad^{sa}, nuestro Santo Profeta^{sa}, yazca enterrado en la tierra. Creemos que el rango espiritual del Santo Profeta^{sa} es muy superior al de Jesús. ¿Cómo es posible que Dios elevara a Jesús al Cielo ante el menor indicio de peligro y no ascendiera al Santo Profeta^{sa} a las alturas de las estrellas cuando fue perseguido por doquier por sus enemigos? Si fuera cierto que Jesús está vivo en el Cielo sería nuestro final, pues no podemos tolerar el pensamiento de que nuestro maestro esté muerto y enterrado mientras Jesús está vivo y en el Cielo. Nos sentiríamos humillados ante los cristianos.

Sin embargo, damos gracias a Dios que no haya ocurrido esto. Dios no pudo haber tratado a nuestro Profeta de ese modo, y de hecho no lo hizo. Dios es el Amo de todos los amos. Él mismo llamó al Santo Profeta “líder de la humanidad”. Tras otorgarle tal nombre, no era posible que se preocupara más de Jesús. Dios hizo estremecer al mundo a causa del Santo Profeta. Quien pretendió humillarle fue humillado. ¿Es posible que Dios deshonrara al Santo Profeta dando a sus enemigos la oportunidad de regodearse? La idea

de que el Santo Profeta Mohammad^{sa} esté enterrado en la tierra y Jesús de Nazaret vivo en el Cielo me resulta sorprendente y deprimente, por lo que declaro: “No es posible que Dios pueda actuar de este modo”. Él ama al Santo Profeta Mohammad^{sa} más que a nadie. No pudo permitir que muriera y fuera enterrado permitiendo que Jesús ascendiera al Cielo. Si hay alguien que merecería permanecer vivo y ascender al Cielo, sería el Santo Profeta^{sa}. Si murió de forma natural, los demás profetas también murieron de la misma forma. Conociendo el elevado rango que el Santo Profeta Mohammad^{sa} posee a la vista de Dios, es inconcebible que hubiera recibido a manos de Dios un tratamiento inferior al de Jesús. No podemos imaginar que en tiempos de la Hégira, cuando el Santo Profeta buscó refugio en la cueva de Thor –a la que llegó subiendo a los hombros de Abu Bakar- Dios no enviara a ángeles para su rescate; y sin embargo, cuando los judíos salieron a la captura de Jesús, Dios lo elevara al Cuarto Cielo salvándolo de sus designios asesinos. En la batalla de Uhud, cuando el enemigo atacó al Santo Profeta^{sa}, sólo permanecían algunos Compañeros a su lado. Dios no envió a ningún ángel, ni creó ningún espectro para que el enemigo lo atacara o rompiera sus dientes, en lugar de los del Santo Profeta. Dios permitió que el enemigo atacara al propio Santo Profeta^{sa}, quien, al verle caer desplomado pareciendo estar muerto, exclamó con júbilo haberle matado (Dios nos perdone). Sin embargo, curiosamente, en el caso de Jesús, Dios no permitió que padeciera el mínimo dolor o aflicción: en cuanto los judíos decidieron apresarle, Dios lo envió al Cielo, y en su lugar hizo que fuera capturado uno de sus enemigos, con la misma apariencia que Jesús, al cual hizo que colocaran en la cruz en lugar suyo. Nos asombra su actitud. Por un lado declaran un intenso amor por el Santo Profeta y por el otro, lo deshonran y desacreditan. Y no les basta con eso. Además, se dedican a adscribir fatwas de incredulidad contra quienes se niegan a seguir creencias que otorgan superioridad a otros sobre el Santo Profeta. Nos gustaría saber qué quieren decir con *kufr* (incredulidad): ¿es acaso *kufr* considerar que el Santo Profeta posee un rango superior a los demás y atribuirle la eminencia espiritual que le corresponde? ¿Son acaso *kafirs* (incrédulos) aquellos que aman al Santo Profeta por encima de todo? Si esto es incredulidad, entonces, y Dios es testigo nuestro, valoramos esta incredulidad mucho más que el Iman (fe) de los que nos atribuyen *kufr* (incredulidad). Hazrat Mirza Ghulam Ahmad, el Mesías Prometido, expresó de forma muy acertada este pensamiento, al decir:

“Intoxicado estoy después de Dios, por el amor de Mohammad (sa). Si esto es incredulidad, entonces, por Dios, yo soy el Kafir más empedernido”.

Todos tenemos que morir un día, presentarnos ante Dios, y dar cuenta de nuestros actos. ¿Por qué hemos de temer a ningún ser humano? ¿Pueden perjudicarnos en algo? Nosotros sólo sentimos temor a Dios y le amamos a Él solamente y, después de Él, es el Santo Profeta quien merece nuestro mayor respeto y amor. Si tuviéramos que sacrificar el honor, los intereses y las cosas buenas de este mundo por la causa del Santo Profeta, sería muy fácil para nosotros. No obstante, no podemos tolerar la deshonra y la falta de respeto hacia su persona. Sabiendo el grado de santidad, conocimiento espiritual y entendimiento que poseía y el nivel de proximidad que mantenía con Dios, no podemos pensar ni por un momento que Dios amara a ningún otro hombre o profeta en mayor medida que a nuestro Santo Profeta. Si osáramos hacerlo, mereceríamos un castigo superior a los demás. Es bien sabido que quienes rechazaron al Santo Profeta, lo desafiaron y le pidieron que realizara el milagro del ascenso al Cielo. Dijeron:

“Nunca creeremos en ti hasta que... subas a los cielos; y no creeremos en tu ascensión hasta que no nos envíes un libro que podamos leer.”¹²

En respuesta a este desafío, Dios no invistió de poderes al Santo Profeta para que mostrara el milagro a aquellos que le rechazaban. En su lugar, Dios hizo decir al Santo Profeta:

“Solamente Dios está libre de toda debilidad. En cuanto a mí, soy simplemente un hombre.”

A pesar de todo, la doctrina de los *molvis* (fanáticos religiosos) es que Dios ascendió al Cielo a Jesús cuando sus enemigos le desafiaron del mismo modo. Cuando se desafía y se pide al Santo Profeta que ascienda al Cielo, Dios declara que el ascenso al Cielo es inconsistente con la humanidad, y cuando se reta a Jesús del mismo modo, se le eleva al Cielo sin el mínimo titubeo. De ser cierto esto implicaría que Jesús no era hombre, sino Dios. Buscamos refugio en Dios de tal pensamiento desenfadado. ¿No implicaría que Jesús fuera espiritualmente superior al Santo Profeta y fuera más amado por Dios? Sin embargo, sabemos, y es tan evidente como el sol, que el Santo Profeta es el mejor y el primero en la jerarquía de los profetas. Siendo así ¿cómo podríamos pensar que el Santo Profeta no hubiera subido al cielo, sino que hubiera muerto de modo ordinario y fuera enterrado aquí en la tierra, mientras que Jesús hubiera subido a los Cielos permaneciendo vivo durante estos dos mil años? No se trata de la intensidad de nuestros sentimientos hacia el Santo Profeta, sino una cuestión de su verdad y de la verdad de sus afirmaciones, como dijo él mismo:

*“Si Moisés y Jesús estuvieran vivos, habrían tenido que creer en mí y seguirme”*¹³

Si Jesús estuviera vivo, la afirmación del Santo Profeta de que Jesús hubiera tenido que seguirle sería falsa. Las palabras del Santo Profeta son importantes y claras. Dijo: *“si Moisés y Jesús estuvieran vivos”*. “Si” significa que ninguno de los dos -ni Moisés, ni Jesús- estaba vivo. Se trata de una declaración muy importante del Santo Profeta sobre el tema. Tras oír esta declaración, ningún seguidor verdadero del Santo Profeta pensará que Jesús está vivo en el Cielo, pues en tal caso, esta declaración suya resultaría falsa, así como también su conocimiento sobre el tema, ya que, según él, Jesús había muerto. Hay otra declaración importante del Santo Profeta. Durante su última enfermedad, el Santo Profeta dijo a su hija Fátima:

*“Una vez al año, el ángel Gabriel me recitaba el Corán. Este año lo ha recitado dos veces. También me ha informado que cada profeta subsiguiente ha vivido la mitad de años que su predecesor. Me dijo que Jesús, hijo de María, ha vivido ciento veinte años. Por lo tanto, creo que viviré unos sesenta años.”*¹⁴

Esta declaración es inspiradora. El Santo Profeta no dice nada por cuenta propia, sino que informa del mensaje de Gabriel, el ángel de la revelación. La parte importante de la declaración es que Jesús vivió hasta los ciento veinte años. Según los registros del Nuevo Testamento, Jesús tenía unos treinta y dos o treinta y tres años cuando ocurrió el acontecimiento de la cruz y “ascendió” al Cielo. Si Jesús hubiera “ascendido” de verdad, su edad hasta la época del Santo Profeta sería de unos seiscientos años, no ciento veinte. Si es cierto lo que Gabriel transmitió al Santo Profeta, el Santo Profeta debiera haber vivido durante al menos trescientos años. Sin embargo, vivió solamente sesenta y tres años. Y, según Gabriel, Jesús vivió ciento veinte años. Esta importante declaración del Santo Profeta demuestra que la idea de que Jesús está vivo es contraria a las enseñanzas del Santo Profeta, y contraria a las revelaciones recibidas de Dios. ¿Cómo, pues, podemos ser persuadidos a creer que Jesús está vivo y negar todo lo que el Santo Profeta nos ha enseñado tan claramente?

Los Compañeros del Santo Profeta admitieron la muerte de Jesús

Se afirma con sarcasmo que durante trescientos años nadie aparte de nosotros averiguó la verdad sobre la muerte de Jesús. Todos los intelectuales y eruditos del Islam permanecieron en la ignorancia al respecto. Se especula que el consenso de los primeros musulmanes no favorece nuestra opinión al respecto. Sin embargo, los que se dedican al sarcasmo olvidan que los primeros exponentes del Islam fueron precisamente los Compañeros del Santo Profeta. Fueron ellos los primeros en presentar las creencias y prácticas del Islam a los demás, quienes a su vez se convirtieron en maestros del Islam, que se extendió a otras partes del mundo. Los Compañeros enseñaban la misma creencia que mantenemos hoy sobre Jesús. ¿Cómo podían haber enseñado algo distinto? ¿Podían enseñar alguna enseñanza contraria al Santo Profeta? Los Compañeros no solamente coincidían con nosotros, sino que la primera declaración que hicieron colectivamente era precisamente sobre la verdad de la muerte de Jesús.

El primer *Ijma* (consenso) de los Compañeros ocurrió a su fallecimiento. En las tradiciones consta que cuando falleció el Santo Profeta, los Compañeros estaban tan abatidos por el dolor que se sentían incapaces de realizar ningún movimiento o emitir palabra alguna. Algunos se hallaban tan profundamente afectados, que murieron pocos días después, incapaces de soportar el sufrimiento de la separación. Umar, especialmente, se hallaba tan afligido por el dolor, que decidió negarse a creer en la muerte del Profeta. Desenvainó la espada y declaró que quien se atreviera a declarar que el Profeta había muerto perdería la cabeza. Comenzó a decir que el Santo Profeta se había marchado temporalmente, del mismo modo que Moisés desapareció ante la llamada divina; y que de igual modo que Moisés regresó junto a su pueblo después de cuarenta días, el Santo Profeta haría lo mismo, y a su regreso, pediría cuentas a todos los que hubieran realizado comentarios indignos sobre su persona o hubieran actuado con hipocresía hacia su persona, llegando incluso a matarlos u ordenando su crucifixión. Era tal la seriedad y determinación de Umar, que ninguno de los Compañeros se atrevió a resistir o rechazar sus declaraciones. Su declaración consiguió incluso persuadir a algunos. Comenzaron a pensar que el Profeta no había fallecido y su abatimiento se transformó en deleite. Esto se podía vislumbrar en sus rostros, y los que bajaron la cabeza volvieron a levantarla.

Sin embargo, otros Compañeros, que no estaban tan ofuscados por el dolor y podían percibir aún el futuro, enviaron a uno de ellos en búsqueda de Abu Bakr, que se hallaba fuera de Medina cuando murió el Santo Profeta. Este compañero apenas abandonó la ciudad cuando vio venir a Abu Bakr. Al verle, no pudo contenerse y comenzaron a brotar lágrimas por sus mejillas. Sobraban las palabras. Abu Bakr, dándose cuenta de lo ocurrido, preguntó: ¿Ha fallecido el Profeta? En respuesta, el compañero no sólo le confirmó la triste noticia, sino que también informó a Abu Bakr de las declaraciones de Umar, a saber, “quienquiera que diga que el Profeta ha muerto perderá su cabeza”. Al oír esto, Abu Bakr se dirigió inmediatamente al lugar donde yacía el cadáver del Santo Profeta. Levantó el manto que le cubría y se dio cuenta al instante que había muerto. El dolor de la separación de su querido amigo y líder humedeció sus ojos. Se inclinó para besar la frente del Profeta y dijo:

“Por Dios, que no sufrirás más que una muerte. La pérdida que la humanidad ha sufrido con tu muerte es superior a la pérdida que haya sufrido por la muerte de cualquier otro profeta. No necesitas elogios, y los lamentos no reducirán el dolor de la separación. Si hubiéramos podido evitar tu final, lo hubiéramos hecho con nuestras vidas”.

Tras decir esto, Abu Bakr cubrió el rostro del Profeta y seguidamente se dirigió al lugar donde Umar conversaba con los Compañeros. Umar continuaba asegurando que el Profeta no había muerto, sino que había desaparecido temporalmente. Abu Bakr pidió a Umar que mantuviera silencio por un momento y le permitiera dirigirse a la asamblea, pero Umar no quiso interrumpirse. Entonces, Abu Bakr, dirigiéndose a una parte de los Compañeros, afirmó que el Santo Profeta había fallecido realmente. Otros Compañeros también se volvieron a Abu Bakr para escucharle, y Umar también se vio obligado a escucharle. Entonces, Abu Bakr recitó lo siguiente del Santo Corán:

*“Y Mohammad (sa) no es más que un Mensajero y antes que él han pasado todos los Mensajeros. Pero si muere o es asesinado, ¿volveréis sobre vuestros pasos?”*¹⁵

*“Ciertamente morirás, y ciertamente ellos morirán también.”*¹⁶

Tras recitar estos versículos, continuó diciendo:

*“Oh hombres, si alguien de vosotros ha adorado a Mohammad, que sepa que Mohammad está muerto, y si alguien de vosotros a adorado a Al-lah, que sepa que Al-lah está vivo y está libre de la muerte.”*¹⁷

Al recitar Abu Bakr los versículos del Santo Corán e indicar su significado, los Compañeros se dieron cuenta de lo que había sucedido: el Santo Profeta había fallecido. Rompieron todos en llantos. Según la crónica, Umar dijo que cuando Abu Bakr recitó los versículos del Santo Corán y entendió súbitamente su significado, le pareció como si tales versículos hubieran sido revelados en aquel día y en ese momento. Sus piernas se negaron a sostenerlo y, tambaleándose, se desplomó en un paroxismo de dolor.

Este relato de lo que ocurrió con los Compañeros al fallecimiento del Santo Profeta demuestra tres cosas importantes. En primer lugar, demuestra que la primera expresión formal y colectiva formulada por los Compañeros tras el fallecimiento del Santo Profeta fue que todos los profetas anteriores al Santo Profeta habían fallecido, sin excepción. Si los Compañeros presentes en esta solemne ocasión hubieran creído que algunos profetas anteriores no hubieran muerto, habrían sin duda señalado las excepciones o, al menos, habrían afirmado que Jesús había permanecido vivo en el Cielo durante seiscientos años. Hubieran señalado el error, y se hubieran cuestionado la razón de que el Profeta no permaneciera vivo si otros profetas lo estaban. Por otro lado, demuestra que la creencia de los Compañeros en la muerte de los profetas anteriores no era solamente una cuestión de opinión, sino una verdad registrada y enseñada claramente en el Santo Corán.

Los Compañeros recibieron sin objeciones los versículos recitados por Abu Bakar. Si estos versículos no contuvieran la verdad sobre la muerte de los profetas anteriores, podían haber objetado que aunque los profetas anteriores hubieran fallecido realmente, los versículos recitados por Abu Bakar no eran relevantes. No obstante, el hecho de que Abu Bakar recitara el versículo “y antes que él han pasado (otros) profetas” para demostrar la muerte de los profetas anteriores y el hecho de que los Compañeros, que escucharon este versículo y el argumento de Abu Bakar basado en el versículo, no sólo permanecieran en silencio sino que manifestaran alegría por ello y recorrieran la ciudad recitándolo, demostraba sin lugar a dudas que estaban totalmente de acuerdo con Abu Bakar en la interpretación del versículo. En tercer lugar, demuestra que al margen de su creencia en la muerte

de otros profetas, no creían en absoluto que Jesús estuviera vivo en el Cielo. Todas las narraciones de este importante incidente y de las declaraciones realizadas en esta ocasión demuestran que incluso Umar, que abrumado por la emoción amenazó con matar a todos los que afirmaran que el Profeta había muerto, solamente pudo citar la analogía de Moisés, que desapareció durante cuarenta días de entre su gente. Ni siquiera Umar señaló semejanza alguna con Jesús. Si los Compañeros hubieran creído que Jesús estaba vivo en el Cielo ¿no pudo Umar o los Compañeros, que pensaban igual que él, mencionar la analogía de Jesús? El hecho de que solamente mencionara la semejanza a Moisés demuestra que no creían en que Jesús no hubiera muerto, o ni siquiera hubiera tenido una experiencia similar a la de Moisés.

La familia del Santo Profeta admitió la muerte de Jesús

Aparte de la opinión unánime de los Compañeros, la familia del Santo Profeta también respaldaba la creencia de que Jesús murió de muerte natural. El Imam Hasan, describiendo los sucesos relacionados con la muerte de Hazrat Ali, dijo:

“El hombre que hoy ha fallecido no tiene semejanza en muchos aspectos. Nadie se ha igualado a él entre sus predecesores ni tampoco entre sus sucesores. Cuando el Santo Profeta le envió al combate, tenía como ayudantes al ángel Gabriel a su derecha y a Miguel a su izquierda. Nunca regresaba de ninguna batalla excepto como vencedor. Dejó como legado setecientos dirhams, que había ahorrado para comprar la libertad de un esclavo. Murió en la veintisieteava noche del mes de Ramadán, la misma noche en que el espíritu de Jesús fue ascendido al cielo.”¹⁸

De este comentario del Imam Hasan se deduce que incluso la familia del Santo Profeta creía que el Profeta Jesús murió de muerte natural. De lo contrario, Hasan no hubiera podido afirmar que Hazrat Ali muriera la misma noche que el espíritu de Jesús ascendió al cielo. Aparte de los Compañeros del Santo Profeta y su familia, los eruditos posteriores de la religión también han dejado constancia de la muerte de Jesús. Creían en el Santo Corán, en las declaraciones del Santo Profeta y en las opiniones de los Compañeros y de la familia del Santo Profeta. Al parecer, no atribuían demasiada importancia al tema de la muerte de Jesús, por lo que no se pronunciaron sobre el tema ni se preservó su criterio al respecto. Sin embargo, en lo que se refiere a la opinión registrada de los eruditos islámicos posteriores, no deja lugar a dudas en su creencia en la muerte de Jesús. Según consta en *Majma al Bahar*, el Imam Malik creía que murió de muerte natural. En resumen, el Santo Corán, las tradiciones, y el consenso de opinión entre los Compañeros y la familia del Santo Profeta, así como la opinión de los eruditos del Islam, respaldan la creencia en la muerte de Jesús. Todos ellos enseñaron que Jesús murió como el resto de los mortales. Por lo tanto, es erróneo afirmar que al atribuir la muerte a Jesús le estamos deshonrando, negando implícitamente al Santo Corán y las tradiciones del Santo Profeta. Nosotros no deshonramos a Jesús. Al contrario, tenemos una concepción verdadera de la unidad de Dios y valoramos la elevada jerarquía espiritual a la que pertenece nuestro Santo Profeta. Honramos a Jesús porque él mismo no hubiera seguido una doctrina que atentara contra la concepción de la Unidad de Dios, que apoyara al *shirk* (asociar a otros con Dios) o menguara la condición espiritual del Santo Profeta.

El lector podrá comprobar por sí mismo quién tiene razón, nosotros o nuestros opositores. ¿Somos nosotros quienes les ofendemos, o son ellos los que nos ofenden? Sitúan a un hombre a la altura de Dios y presentan una creencia que implica la deshonra al Santo Profeta. Son ellos mismos los que están apoyando a los enemigos del Islam y los que están debilitando al Islam.

La segunda venida del Mesías significa la llegada de un seguidor del Santo Profeta

La segunda objeción en contra nuestra es que, contrariamente a la creencia musulmana aceptada, creemos que un seguidor del Santo Profeta ha aparecido entre nosotros como Mesías Prometido. Se alega que esta creencia es contraria a las tradiciones del Santo Profeta, ya que, según las mismas, el Mesías es Jesús, el hijo de María, que ha de descender del cielo cuando llegue la hora. Efectivamente, consideramos al Fundador del Movimiento Ahmadía, Hazrat Mirza Ghulam Ahmad de Qadian (Gurdaspur, Punjab, India), como Mesías Prometido y Mahdí. El Sagrado Corán, las tradiciones y el sentido común revelan que el primer Mesías murió de forma natural, por lo que nuestra creencia en que el Mesías Prometido debía aparecer entre los seguidores del Santo Profeta no puede contradecir al Sagrado Corán ni a las Tradiciones. El Sagrado Corán declara que está muerto y las tradiciones dicen lo mismo. Por lo tanto, si las tradiciones prometen el advenimiento de un mensajero descrito como hijo de María, tal prometido solamente puede ser un seguidor del Santo Profeta, no del Mesías de Nazaret, que murió de muerte natural. Se arguye que aunque el Corán y las tradiciones enuncien la muerte de Jesús, el hijo de María, aun así deberíamos seguir esperando la segunda venida de este mismo hijo de María, pues ¿acaso Dios no es Todopoderoso? ¿Acaso no puede resucitar al difunto Mesías y enviarlo de nuevo al mundo? Dicen que si no abrigamos tal esperanza o pensamiento, estaríamos negando el poder divino.

Sin embargo, nuestra postura es muy diferente. Nosotros no negamos el poder de Dios, sino que creemos que precisamente por ser Todopoderoso no necesita resucitar al Mesías de Nazaret. Él tiene poder para suscitar a un maestro de entre los seguidores del Santo Profeta, designarle Mesías prometido y encargarle la tarea de reformar el mundo. Si reflexionamos al respecto, no entendemos por qué se insiste en que el poder divino requiera que Dios resucite al primer Mesías. Esto se opone a todos los cánones ordinarios. En la experiencia diaria, si alguien puede adquirir un abrigo nuevo, no deseará guardar el antiguo. Lo descartará y comprará uno nuevo. Solamente el que carece de medios deseará modificar o enmendar su abrigo viejo para volver a usarlo. Los pobres son los que cuidan excesivamente de sus cosas. Dios no es pobre, sino Poderoso. Si se entera que sus siervos necesitan de alguien que los guíe, no necesita insuflar vida a un profeta muerto, pues Él tiene poder para suscitar a alguien de entre Sus siervos vivos para reformar y liderar al resto. Desde Adán hasta el Santo Profeta, Dios nunca ha tenido que resucitar a ningún profeta muerto para guiar a Sus hombres. Tal acto es innecesario. Posiblemente hubiera sido necesario si la purificación y reforma de un determinado pueblo en una época determinada hubiera escapado al Poder divino; si el dominio divino no abarcara a todos los seres humanos ni a todas las épocas. Sin embargo, el poder de Dios es ilimitado y Su dominio abarca a todos los hombres y todos los tiempos. Es insensato pensar que para la guía de un determinado pueblo de una determinada época Dios tenga que resucitar a uno de los profetas difuntos. El poder de Dios no tiene límites. Si pudo suscitar a un profeta como el Santo Profeta^{sa} de entre los árabes, no está fuera del alcance de Su poder suscitar a alguien en nuestra época similar a Jesús, o incluso superior a él, entre los musulmanes.

Lo cierto es que negamos la segunda venida física del primer Mesías porque Dios, según nuestro criterio, es Todopoderoso y puede elevar a cualquier persona al rango de profeta en cualquier momento y entre cualquier pueblo. Se equivocan quienes piensan que Dios no tiene poder para ello y que en lugar de suscitar a alguien de entre nosotros ha de resucitar a un profeta muerto. No valoran el poder de Al-lah como es debido. Por lo tanto, la segunda venida del Mesías atenta contra el Poder y la Sabiduría de Dios y también desacredita la fuerza espiritual del Santo Profeta. En cualquier tiempo pasado, siempre que un pueblo se extraviaba y necesitaba orientación divina, Dios suscitaba a alguien de entre ellos con tal propósito. ¿Tuvo que eliminarse precisamente esta tradicional práctica divina cuando los seguidores del Santo Profeta se extraviaron y necesitaron orientación divina? ¿Tuvo que ser precisamente uno de los antiguos profetas el que reformara a la *Umma* por la incapacidad de los seguidores del Profeta de pre-

sentar un reformador propio? Esto significa que los musulmanes tendrían que seguir a los judíos y cristianos, los cuales siempre han dudado de la competencia espiritual de nuestro Santo Profeta. Es curioso que los musulmanes no confíen en el poder regenerativo del Santo Profeta. Si creyéramos que un seguidor del Santo Profeta no puede guiar al resto de sus seguidores (la *Umma*) en momentos de necesidad, estaríamos apoyando a quienes subestiman la influencia espiritual del Santo Profeta. Una antorcha iluminada puede encender a otras, cosa que no hará una antorcha apagada. Si los seguidores del Santo Profeta iban a corromperse hasta el punto de que ninguno de ellos sería capaz de reformar al resto, habría que admitir que la gracia espiritual del Santo Profeta y la productividad de su enseñanza y ejemplo habrían tocado fin. Ningún verdadero musulmán puede aceptar esto. Todos los verdaderos musulmanes saben que los seguidores de Moisés necesitaban una revitalización de vez en cuando, y tal revitalización la produjeron sus propios maestros. Fue un seguidor de Moisés el que reformó a los seguidores de Moisés. La dispensación de Moisés se prolongó hasta que Dios lo quiso. Finalmente, cuando llegó el momento del término de la dispensación, Dios se apartó de los seguidores de Moisés y volvió a la descendencia de Ismael para suscitar a un profeta que guiara a la humanidad. Si hubiera aparecido un profeta de la línea de Moisés para guiar a los seguidores del Santo Profeta, significaría que Dios habría decidido (Dios nos perdone) terminar la dispensación del Santo Profeta del mismo modo que hizo con la de Moisés, y que en su lugar iniciaría una nueva dispensación. Significaría que el poder espiritual del Santo Profeta dejaría de ser efectivo (Dios nos perdone de nuevo) por su fracaso en conseguir que ningún seguidor hubiera recibido de su ejemplo y enseñanza la iluminación necesaria para la reforma y guía de sus seguidores.

Es de lamentar que la gente muestre intolerancia ante la mínima ofensa hacia la concepción de su propia grandeza y no admita la imputación de ningún defecto o falta personal, pero no dude en atribuir defectos y debilidades al Santo Profeta, a quien a la vez declaran su afecto. ¿De qué sirve proclamar un amor que no encuentra eco en el corazón? Si los musulmanes amaran realmente al Santo Profeta, no tolerarían la segunda venida de un profeta israelita para el rejuvenecimiento de sus seguidores. ¿Por qué recurrirá a su vecino el que tiene todas las necesidades cubiertas en su hogar? ¿Por qué pedirá ayuda aquél que puede valerse por sí mismo?

Los mul-lahs (fanáticos religiosos) que creen y enseñan que los seguidores del Santo Profeta requerirán la segunda venida de Mesías de Nazaret en tiempos críticos, poseen un concepto tan alto de su dignidad, que en los debates religiosos prefieren perder en una discusión antes que aceptar la ayuda ajena, y si se les ofrece tal ayuda, no se sienten agradecidos: al contrario, se ofenden y dicen: ¿Es tan escaso nuestro conocimiento se atreve alguien a ofrecernos ayuda? Sin embargo, cuando se trata del Santo Profeta (sa) sólo exhiben trivialidad. Se apresuran a creer y enseñar que cuando los seguidores del Profeta requieran una reforma, ésta no aparecerá entre ellos mismos ni de entre la propia influencia espiritual del Profeta, sino de los buenos oficios de un profeta de una dispensación anterior, que no tendrá ninguna relación con el Santo Profeta o sus enseñanzas. Es el colmo de la opacidad y torpeza. Han perdido toda la capacidad de pensar o sentir. Valoran su propia dignidad y respeto, en lugar de la de Dios y Su Profeta, y muestran enojo e indignación hacia sus enemigos personales en vez de mostrarlo hacia quienes injurian a Dios y el Profeta.

Se nos pregunta por qué negamos la segunda venida de un profeta israelita. ¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos cambiar nuestros corazones ni mostrar afecto hacia el Santo Profeta excepto de forma normal y natural, pues para nosotros su honor es lo más preciado. Nos negamos a aceptar que para la reforma de sus seguidores necesite asistencia de otra persona quedando endeudado con ella. No podemos concebir que en el Día del Juicio, cuando la humanidad, desde el primero hasta el último, se reúna ante Dios y se anuncien las obras y los resultados, el Santo Profeta tenga que soportar la carga de su deuda hacia el Mesías israelita, y que los ángeles que los convoquen declaren ante la audiencia y

presencia de toda la humanidad que al corromperse los seguidores del Santo Profeta, el propio ejemplo espiritual del Profeta fracasó en infundirles fuerza espiritual, y que el Mesías Israelita, movido por la compasión hacia el Santo Profeta, decidió regresar al mundo para reformar a los seguidores del Profeta y librarles del estigma espiritual. No podemos albergar tal pensamiento. Preferiríamos arrancar nuestras lenguas antes que degradar de este modo al Santo Profeta.

El Santo Profeta es el amado de Dios. Su poder espiritual nunca se extingue. Es el Sello de los Profetas y su gracia espiritual y generosidad es ilimitada. Él no necesita estar endeudado con nadie; son los demás profetas los que están en deuda con él. No existe profeta cuya verdad no haya proclamado el Santo Profeta a quienes lo rechazaban. Es la enseñanza del Santo Profeta la que ha hecho creer a millones de seres humanos en profetas desconocidos en el pasado. En la India habitan más de ochenta millones de musulmanes, muy pocos de los cuales provienen del exterior. La mayoría pertenece a esta tierra y nunca había oído de ningún profeta. Sin embargo, desde que comenzaron a creer en el Santo Profeta comenzaron a creer en Abraham, Moisés y Jesús y otros (la paz sea con todos ellos) como profetas. De no haberse convertido en musulmanes hubieran continuado rechazando a estos profetas, mostrándolos incluso hostilidad, y hubieran seguido considerándolos falsos, como siguen haciendo los hindúes de la India en la actualidad. Lo mismo ocurre en Afganistán, China e Irán, cuyos habitantes, al desconocerlos, no reconocieron a Moisés y Jesús como profetas. Cuando el mensaje y la enseñanza del Santo Profeta se propagaron a estos países, sus habitantes comenzaron a creer en ellos y en otros profetas y comenzaron a reverenciarlos como profetas verdaderos. Él reveló una verdad que nadie conocía. Por lo tanto, todos los profetas están en deuda con el Santo Profeta y él no está en deuda con nadie. La gracia y beneficencia de sus enseñanzas han de continuar eternamente. Él no precisa de la asistencia de otro profeta para la reforma y renacimiento de sus propios seguidores. Siempre que surja tal necesidad, Dios puede suscitar a alguien de entre sus propios seguidores para dirigirles y guiarles. Tal persona estará en deuda con el Santo Profeta por haber aprendido todo de él. Un seguidor no puede permanecer separado de su líder, del mismo modo que un alumno no puede estar separado de su maestro. El seguidor que siga a otros seguidores estará en deuda con el Santo Profeta. En resumen, la llegada de un profeta antiguo con el propósito de reformar a los seguidores del Profeta es un insulto al Santo Profeta, pues tal hecho atenta contra su grandeza y está en contradicción con las enseñanzas del Sagrado Corán, que dice:

"Dios nunca retira la recompensa de un pueblo, salvo que ellos mismos no sean acreedores de ello"¹⁹

En vista de esta enseñanza del Corán, tendríamos que admitir o bien que el Santo Profeta (Dios no lo quiera) no es digno de la promesa divina, o bien que el mismo Dios se ha retractado de tal promesa. Es irónico pensar que la práctica divina haya sido no retirar la recompensa otorgada a los demás y sin embargo actúe de modo distinto con el Santo Profeta. Esto equivale a incredulidad y al rechazo de Dios o de Su Profeta. Nosotros eludimos tales creencias por temor a sus graves consecuencias. Creemos que el Mesías cuya venida fue anunciada por el Santo Profeta tiene que aparecer entre los seguidores del Santo Profeta y que a Dios le corresponde otorgar este rango a Quien Él lo desee.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18